

Friedrich Nietzsche

Crepúsculo de los ídolos

o Cómo se filosofa con el martillo

Introducción, traducción y notas
de Andrés Sánchez Pascual



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Götzen-Dämmerung oder Wie man mit dem Hammer philosophiert*

Primera edición: 1973

Tercera edición: 2013

Séptima reimpresión revisada: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la traducción, introducción y notas: Andrés Sánchez Pascual

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1973, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-7541-1

Depósito legal: M. 7.889-2013

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Andrés Sánchez Pascual
- Crepúsculo de los ídolos
- 39 Prólogo
- 41 Sentencias y flechas
- 53 El problema de Sócrates
- 63 La «razón» en la filosofía
- 71 Cómo el «mundo verdadero» acabó convirtiéndose
en una fábula
- 73 La moral como contranaturaleza
- 81 Los cuatro grandes errores
- 93 Los «mejoradores» de la humanidad
- 99 Lo que los alemanes están perdiendo
- 109 Incursiones de un intempestivo
- 163 Lo que yo debo a los antiguos
- 173 Habla el martillo
- 175 Notas del traductor

Introducción

Génesis de *Crepúsculo de los ídolos*

Tras la publicación de *Más allá del bien y del mal** en 1886 y mientras corregía las pruebas de *La genealogía de la moral*** a finales del verano de 1887, Nietzsche tomó la decisión de «no imprimir ninguna cosa más durante una serie de años». Pensaba dedicarse a elaborar su proyectada obra *La voluntad de poder*, a dar, por fin, una exposición detallada de su filosofía. A Nietzsche le quedaba, en aquel momento, poco más de un año de vida lúcida.

* F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual (2012 y reimps.), Alianza Editorial, Biblioteca de autor-Nietzsche.

** F. Nietzsche, *La genealogía de la moral*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual (2011 y reimps.), Alianza Editorial, Biblioteca de autor-Nietzsche.

Sin embargo, pese a sus propósitos, en este último año Nietzsche dio a la imprenta o dejó preparadas para su impresión nada menos que seis obras, a saber: *El caso Wagner*, *Crepúsculo de los ídolos*, *El Anticristo*, *Ecce homo*, *Ditirambos de Dioniso* y *Nietzsche contra Wagner*. El afán de publicar obras adquiere en los últimos meses de lucidez de Nietzsche tal precipitación, tal urgencia, que el espectador atento queda angustiado. ¿Qué había ocurrido en la vida y en el pensamiento de Nietzsche para que apareciese ese giro tan radical? En el silencio que Nietzsche se había autoimpuesto, ¿qué representan esos gritos que son los libros mencionados? Como veremos: la autodestrucción de sus planes literarios.

La decisión de Nietzsche de recluirse dentro de sí parecía firme; y tras las experiencias sufridas en los últimos tiempos estaba bien fundada. Nietzsche mismo lo explica del modo siguiente en una carta escrita a su amigo F. Overbeck desde Sils-Maria el 30 de agosto de 1887:

Querido amigo: El resultado de la venta de *Más allá* es muy instructivo; esta vez se ha hecho todo lo que un librero hábil y *apreciado* puede hacer en favor de un libro; han sido enviados asimismo unos 60 ejemplares a revistas y redacciones. Sin embargo, el cierre de cuentas ha sido lamentable; literalmente, 106 ejemplares *vendidos*; todos los demás, devueltos. Apenas la quinta parte de las redacciones se ha dado por enterada del envío; no faltan decididos signos de repulsa, así como de rechazo radical de todo lo que viene de mí. ¡Y ni siquiera *una* recensión que merezca ser tenida en cuenta! Por lo demás, no digo esto disgustado: pues *lo comprendo*. Sin embargo, me ha parecido necesario ayudar un poco por

mi parte a ese *Más allá*: y así he aprovechado unas pocas buenas semanas para precisar una vez más, en forma de tres tratados, el problema del mencionado libro. Con ello creo haber llegado al *final* de mis esfuerzos para hacer «comprensible» lo que he escrito hasta este momento: *y ahora, durante una serie de años, no imprimiré ninguna cosa más*, – tengo que recluirme absolutamente en mí mismo y aguardar hasta que me sea lícito hacer caer el último fruto de mi árbol. *Ninguna* vivencia; *nada* venido de *fuera*: ninguna cosa nueva – éstos son ahora, por largo tiempo, mis únicos deseos...

El estado físico de Nietzsche podría hacer dudar de la posibilidad de realizar esa tarea. Pocos días después de la carta mencionada, y antes de que Nietzsche partiera para Venecia, recibe la visita de su viejo amigo Paul Deussen. Éste ha dejado de esa visita un documento vivísimo; por no haberse traducido nunca al castellano y porque nos ofrece un espléndido retrato del Nietzsche que se dispone a afrontar el que será último año de su vida, helo aquí:

La cálida simpatía de que mi amigo me había dado continuas pruebas, incluso cuando nuestros caminos se distanciaron tanto, hizo que cada vez se hiciese más vivo en mí el deseo de volver a ver por fin una vez cara a cara al hombre que, pese a hallarse enfermo, mantenía una actividad incansable, progresando siempre. Y cuando en el otoño de 1887 emprendí con mi mujer un viaje por el Tirol, Suiza, Italia, Grecia y Turquía, el hacer una visita al eremita de Sils-Maria fue para mí una cuestión íntima. Impacientemente aguardaba él nuestra anunciada visita, dudaba de su realización y sólo quedó tranquilo cuando nuestras maletas, enviadas por de-

lante, llegaron a sus manos como prenda de garantía. En una hermosa mañana otoñal, procedentes de Chiavenna, subimos mi mujer y yo por el puerto de Maloja, y pronto estuvo ante nosotros Sils-Maria, donde, con el corazón palpitante, me lancé al encuentro del amigo y, profundamente conmovido, lo abracé, tras catorce años de separación. ¡Pero qué cambios habían acontecido en él durante ese tiempo! La actitud orgullosa, el paso elástico, la fluida palabra de otro tiempo no existían ya. Parecía arrastrarse con dificultad e inclinándose un poco hacia un lado; con bastante frecuencia su palabra se volvía torpe y se cortaba. Acaso no tenía tampoco su buen día. «Querido amigo –dijo con melancolía, mientras señalaba hacia algunas nubes que pasaban–, para poder concentrar mis pensamientos he de tener un cielo azul por encima de mí». Luego nos llevó a sus lugares predilectos. Recuerdo especialmente un paraje cubierto de hierba, situado junto a un abismo, encima de un arroyo de montaña que pasaba rugiendo en lo hondo. «Aquí –dijo–, es donde más me gusta estar tumbado y donde tengo mis mejores pensamientos». Nosotros nos habíamos albergado en el modesto hotel *Zur Alpenrose*, en el que Nietzsche solía tomar su almuerzo, consistente de ordinario en una sencilla chuleta o algo parecido. Allí nos retiramos por una hora a descansar. Apenas había transcurrido ésta, nuestro amigo volvió a estar junto a la puerta, se informó con delicada preocupación de si aún estábamos cansados, pidió disculpas si es que había venido demasiado pronto, y otras cosas por el estilo. Menciono esto porque tal preocupación y tal atención exageradas no habían estado antes en correspondencia con el carácter de Nietzsche, y me parecieron significativas de su estado en aquel momento.

A la mañana siguiente me llevó a su vivienda, o, como él decía, a su caverna. Era un cuarto sencillo, en una casa de campesinos, a tres minutos de la carretera; Nietzsche lo había alquilado durante la temporada por un franco diario. El mobiliario era de lo más sencillo que quepa imaginar. A un lado estaban sus libros, casi todos ellos bien conocidos por mí desde antiguo, luego venía una rústica mesa, sobre la que había una taza de café, cáscaras de huevo, manuscritos, objetos de aseo, en abigarrada confusión, y a continuación aparecía un sacabotas, con la bota puesta allí, hasta acabar en la cama, aún no arreglada. Todo ello indicaba un servicio negligente y un huésped sufrido, que pasaba por todo. Nos marchamos por la tarde y Nietzsche nos acompañó hasta la próxima aldea, una hora valle abajo. Aquí habló una vez más de los sombríos presagios que, por desgracia, iban a cumplirse tan pronto. Cuando nos despedimos tenía lágrimas en los ojos, cosa que yo no había observado nunca antes en él. No volvería a verlo en su sano juicio*.

Nietzsche, sin embargo, no se arredra ante su decadencia física. Tiene entonces cuarenta y tres años y está dispuesto a completar la obra de su vida. Parte para Venecia; va después a Niza, donde pasa todo el invierno; a principios de abril de 1888 marcha a Turín; por fin, a comienzos de junio, sube otra vez, como todos los años, a Sils-Maria. Las cartas de estos nueve meses repiten incansables lo mismo:

«trabajo mucho, aunque estoy melancólico...» (desde Niza, 20 de diciembre de 1887); «por fin, no quiero silenciar que

* Paul Deussen, *Erinnerungen an Friedrich Nietzsche* [Recuerdos de F. Nietzsche], Leipzig, 1901, pp. 91 y ss.

toda esta última temporada ha sido rica para mí en intuiciones e iluminaciones sintéticas; que han vuelto a crecer mis ánimos para hacer “lo increíble” y para formular hasta sus últimas consecuencias la sensibilidad filosófica que me distingue...» (desde Niza, 6 de enero de 1888); «ausencia de salud, de dinero, de fama, de amor, de protección – y, con todo, *no* convertirme en un trágico oso gruñón: ésta es la paradoja de mi estado actual, su problema... Sólo ahora comprendo *la historia*, nunca he tenido ojos más profundos que en los últimos meses...» (desde Niza, 1 de febrero); «tengo lista la primera redacción de mi *Ensayo de una transvaloración*: en conjunto ha sido una tortura, además no he tenido todavía ánimos para ello. Dentro de diez años lo haré mejor...» (desde Niza, 13 de febrero); «me he jurado no tomar nada en serio durante cierto tiempo. No crea usted tampoco que yo haya vuelto a hacer “literatura”: esa redacción [de la que habla en la carta anterior] era *para mí*; a partir de ahora quiero hacer todos los inviernos una redacción de ese tipo *para mí* – la idea de “publicidad” está realmente excluida...» (desde Niza, 26 de febrero); «trabajo desde la mañana hasta la noche – un pequeño panfleto sobre música ocupa mis dedos – ...» (desde Turín, 20 de abril); «trabajo constantemente, más que durante todo el invierno en Niza...» (desde Turín, 1 de mayo); «querido amigo, perdóname esta carta tal vez demasiado jovial, pero después de haber estado día tras día “transvalorando valores” y haber tenido motivos para estar *muy serio*, hay una cierta fatalidad e inevitabilidad de ser jovial. Más o menos como en un entierro...» (desde Turín, 17 de mayo).

El resultado de estos meses de trabajo intenso son los espléndidos cuadernos de apuntes que hoy llevan en

Weimar las signaturas W II 1, W II 2, W II 3, W II 4, W II 5 y W II 6. Con todo este material y con otro procedente de años anteriores Nietzsche llega a Sils-Maria el 6 de junio de 1888. Va a afrontar la prueba decisiva de su carrera literaria: la de saber si puede «dominar» la inmensa cantidad de apuntes de que dispone. Nietzsche mismo dirá más tarde que este verano contenía para él una gran misión, completamente precisa y determinada.

Por lo pronto, a poco de llegar a Sils-Maria decide, el 26 de junio, publicar *El caso Wagner*, escrito en Turín durante la primavera. Envía el manuscrito a la imprenta, remite luego varias adiciones, pide otra vez el manuscrito para recopiarlo en limpio y sigue mandando nuevos añadidos hasta el 24 de agosto. Pero todo esto no es más que una «distracción». El trabajo principal: la elaboración de *La voluntad de poder*, sigue su curso. La lucha interna de Nietzsche fue, sin duda, desesperada, aunque hacia fuera no se deja sentir. Tan sólo alguna carta habla de dificultades, como la siguiente, escrita a su amiga Meta von Salis el 22 de agosto:

Estimada señorita: tenemos aquí un tiempo igual que el de la mañana en que usted se marchó – por vez primera desde entonces: un chapoteo ruidoso. Por mi parte me distraigo de la misma inteligente manera que me he distraído con tanta frecuencia este verano en la lucha con los «espíritus de la naturaleza» – conversando un poco con usted. A todo esto tengo delante de mí cierto libro [Se trata de *La genealogía de la moral*; Nietzsche pidió a Meta von Salis que le enviase el ejemplar que ella poseía, pues no tenía ninguno a mano]. Nunca antes me he visto ataviado tan dignamente – casi como un

«clásico». La primera ojeada a ese libro me ha proporcionado una sorpresa: he descubierto un largo *prólogo* a *La genealogía*, cuya existencia había *olvidado*... En el fondo no tenía en la memoria más que el título de los tres tratados: el resto, es decir, el *contenido*, se me había ido de la cabeza. Esto es consecuencia de una actividad mental extrema que ha llenado este invierno y esta primavera y que, por así decirlo, había levantado un muro en medio. Ahora vuelve a revivir delante de mí el libro – y, al mismo tiempo, el estado del pasado verano, del cual surgió. Problemas extremadamente difíciles, para los cuales no había aún un lenguaje, una terminología: pero en aquel tiempo tuve que encontrarme en un estado de inspiración casi ininterrumpida, de tal modo que este escrito transcurre como la cosa más natural del mundo. No se le nota ningún esfuerzo. – El estilo es vehemente y excitante y, con todo, copioso en *finesses*; y dúctil y lleno de colorido, una prosa como yo no la había escrito en realidad hasta entonces. Ciertamente, el gran crítico Spitteler dice que, desde que ha leído *ese* escrito mío, ha *abandonado* todas las esperanzas en mí como escritor...

En comparación con el último verano, el cual me permitió semejante *improvisación* sobre unos temas horribles, *este* verano parece, en verdad, «haberse ido al agua». Esto me duele extraordinariamente: pues de la primavera, que por vez primera marchó bien, yo traje aquí arriba más fuerza incluso que el año pasado. También estaba todo preparado para una tarea *grande y completamente determinada*. El «panfleto» contra Wagner (– del cual, dicho sea entre nosotros, estoy orgulloso) corresponde en todo lo esencial a Turín y fue propiamente esa *recreación* auténtica, óptima, que uno podía permitirse en medio de cosas difíciles.

Entre las peculiaridades de este verano está el absurdo insomnio. También hoy, como ayer, como anteayer, he estado *reflexionando* desde las dos de la madrugada... a las cuatro tomo cacao...

Nietzsche traza plan tras plan de su obra. Todos le resultan deficientes. Cuando en *Crepúsculo de los ídolos* dice (véase, más adelante, p. 43): «¿Puede un asno ser trágico? – ¿Sucumbir bajo un peso que no se puede ni llevar ni arrojar?... El caso del filósofo», ¿no estaría pensando en sí mismo? Por lo que puede saberse, la lucha debió de tener su punto culminante el día 26 de agosto. Ese día trazó el último plan de *La voluntad de poder*, que dice así:

Esbozo de plan para:

La voluntad de poder

Ensayo de una transvaloración de todos los valores

–*Sils-Maria*
último domingo
del mes de agosto
de 1888

NOSOTROS LOS HIPERBÓREOS.– *Colocación de la primera piedra del problema*

LIBRO PRIMERO: «¿Qué es la verdad?»

Capítulo primero. Psicología del error.

Capítulo segundo. Valor de la verdad y del error.

Capítulo tercero. La voluntad de verdad (sólo justificada en el valor que dice sí a la vida).

LIBRO SEGUNDO: *Procedencia de los valores*

Capítulo primero. Los metafísicos.

Capítulo segundo. Los hombres religiosos.

Capítulo tercero. Los buenos y los mejoradores.

LIBRO TERCERO: *Lucha de los valores*

Capítulo primero. Pensamientos sobre el cristianismo.

Capítulo segundo. Sobre la fisiología del arte.

Capítulo tercero. Sobre la historia del nihilismo europeo.

PASATIEMPO PSICOLÓGICO

LIBRO CUARTO: *El gran mediodía*

Capítulo primero. El principio de la vida. «Jerarquía».

Capítulo segundo. Los dos caminos.

Capítulo tercero. El eterno retorno.

Después... aparece un cambio radical en los proyectos literarios de Nietzsche, hasta el punto de que entender lo que ocurrió en estos últimos días de agosto de 1888 representa el presupuesto necesario para entender rectamente el final de Nietzsche. Lo que ocurrió tal vez pueda resumirse en estas pocas palabras: Nietzsche renuncia a ser un «intempestivo», es decir, renuncia a lo que hasta

entonces había constituido la esencia de su vida y de su obra. La «abstracción filosófica» de una obra sabiamente compuesta, explanada con detalle, cimentada en argumentaciones, va ahora en contra de sus deseos más íntimos. Nietzsche se niega a sí mismo y emprende una carrera desenfrenada hacia el «tiempo». Esa autonegación tan violenta lo reduce al silencio.

De Ociosidad de un psicólogo a Crepúsculo de los ídolos

Nietzsche decide de pronto publicar un «compendio» de filosofía, que será precisamente *Crepúsculo de los ídolos*. Por el momento la obra lleva un título distinto: *Ociosidad de un psicólogo*. La tarea debió de resultarle penosa a Nietzsche, mas, por otro lado, no era difícil. Destroza el material acumulado para su proyectada obra capital, arranca páginas de acá y de allá y en brevísimo tiempo envía el manuscrito al editor. En *Ecce homo** dirá: «Este escrito [...] obra de tan pocos días que vacilo en decir su número». Más tarde, piensa Nietzsche, publicará una «gran obra» en cuatro libros separados. Ya no será *La voluntad de poder*, sino la *Transvaloración de todos los valores*. Pronto tendrá listo también el «primer libro» de esa obra, con el título de *El Anticristo*. Al final *El Anticristo* no será el «primer libro», sino la totalidad de la

* F. Nietzsche, *Ecce homo*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual (2011 y reimps.), Alianza Editorial, Biblioteca de autor-Nietzsche, p. 138.

Transvaloración. Ésta es la verdadera base que permite calificar de «impostura» la afirmación de que Nietzsche dejó un libro póstumo: *La voluntad de poder*, o incluso dos: el anterior, y una *Transvaloración de todos los valores*.

La carta en que anuncia su nueva obra al editor merece ser reproducida. Está fechada en Sils-Maria, el 7 de septiembre de 1888, y dice así:

Estimado señor editor: esta vez voy a darle una sorpresa. Sin duda pensará usted que hemos acabado con las impresiones: pero he aquí que acaba de salir hacia usted el más limpio de todos los manuscritos que yo le haya enviado nunca. Se trata de un escrito que en lo que respecta a su formato debe ser en todo hermano gemelo de *El caso Wagner*. Su título es: *Ociosidad de un psicólogo*. Me es necesario publicarlo ahora porque probablemente a finales del año próximo tendremos que proceder a imprimir mi obra capital, la *Transvaloración de los valores*. Dado que ésta tiene un carácter muy riguroso y serio, no puedo lanzar después de ella ninguna cosa jovial y amena. Por otro lado, tiene que quedar un espacio de tiempo entre mi última publicación y aquella obra seria. Tampoco me gustaría que siguiera inmediatamente a la petulante *farce* [farsa] contra Wagner.

Este escrito, cuya extensión no es considerable, acaso pueda producir también el efecto de abrir algo los oídos para oírme: de tal modo que aquella obra capital no tropiece otra vez con el absurdo silencio con que tropezó mi *Zaratustra*. –

Así, pues, igual en todo que el escrito contra Wagner: también idéntico número de ejemplares.

Yo dejo Sils el 15 de septiembre y vuelvo a Turín. Desde allí le comunicaré mi dirección. Nada se opone a que co-

mencemos enseguida con la impresión: y teniendo en cuenta que para este invierno necesito *un profundo recogimiento*, me sería incluso muy deseable que estos pocos pliegos quedasen listos *lo más pronto* posible. – No ha de tener usted miedo de que *siga enviándole* manuscritos. Durante las últimas semanas me he encontrado básicamente mejor que durante todo el verano.

Nietzsche tenía la buena costumbre de no mencionar a sus amigos la terminación de sus obras hasta haberlas enviado al editor; éste solía ser, por lo tanto, el primero en tener conocimiento de sus planes de publicación. Pero una vez enviado el manuscrito a la imprenta, todos sus conocidos recibían noticia inmediata de la obra a punto de salir a luz. En este caso concreto, el conocimiento de algunas de sus cartas resulta imprescindible, pues en ellas nos ofrece Nietzsche una *autointerpretación* de su obra. Ellas serán sin duda la mejor «introducción» a este escrito.

Así, por ejemplo, el mismo día 7 de septiembre en que envía el libro al editor escribe a su amiga Meta von Salis:

Querida amiga, durante este tiempo he trabajado mucho – hasta el punto de tener motivos para retractarme del suspiro de mi última carta [la antes citada, del 22 de agosto] que hablaba del «verano que se ha ido al agua». Incluso he logrado hacer algo más, algo de que yo no me había creído capaz... La consecuencia, de todos modos, es que mi vida ha caído en cierto desorden durante las últimas semanas. Varias veces me he levantado a las dos de la madrugada, «empujado por el espíritu», y he escrito lo que antes me había pasado por la cabeza. Entonces oía cómo mi casero, el señor Durisch,

abría cautelosamente la puerta de la casa y se deslizaba fuera para ir a cazar gamuzas. ¡Quién sabe, acaso yo también andaba a la caza de gamuzas!

Dos días más tarde, el 9, le escribe a Carl Fuchs lo siguiente:

Querido amigo, no me iré tan pronto como creía hace dos días; algunas cuestiones de edición e impresión han de ser todavía aquí liquidadas.

La fecha próxima, bastante probable, es el 16 de septiembre, – hoy mi «querida alma» se encuentra en una imprevista situación de libertad – y usted se dará enseguida cuenta de ello. Las últimas semanas he estado *inspirado* de la manera más extraña; de tal modo que algunas cosas de las que yo no me había creído capaz estuvieron listas una mañana, como de modo inconsciente. Esto ha traído bastante desorden y excepción a mi modo de vivir: frecuentemente me levantaba (o saltaba) de la cama a las dos de la madrugada para, «empujado por el espíritu», garrapatear algo. Entonces oía abrirse la puerta de la casa: mi casero se deslizaba fuera para ir a cazar gamuzas. ¿Quién de nosotros dos andaba más a la caza de gamuzas? – Increíble, pero verdadero: esta mañana he enviado a la imprenta el manuscrito más cuidado, más limpio y más elaborado que yo he mandado nunca – no quería hacer la cuenta de en qué pocos días ha quedado concluido. El título es bastante amable, *Ociosidad de un psicólogo* – el contenido, de lo peor y más radical, aunque oculto bajo muchas *finesses* y atenuaciones. Es una completa introducción de conjunto a mi filosofía: – después vendrá la *Transvaloración de todos los valores* (cuyo primer libro está casi listo).

Veremos hasta qué punto es hoy realmente posible la «libertad de pensamiento»: tengo un oscuro barrunto de que, a consecuencia de esto, seré perseguido de firme.

Por fin, el 12 de septiembre, Nietzsche notifica a su «corrector de pruebas» Peter Gast el nacimiento de su nueva obra:

Querido amigo... Todavía queda una curiosidad que anunciar. Hace pocos días he vuelto a enviar al señor C. G. Naumann un manuscrito que lleva el título de *Ociosidad de un psicólogo*. Bajo ese título inocuo se oculta un resumen, esbozado de manera muy audaz y muy precisa, de mis heterodoxias filosóficas esenciales: de tal modo que el escrito puede servir como una especie de iniciación, como algo que abra el apetito para mi *Transvaloración de los valores* (cuyo primer libro está ya casi completamente elaborado). Hay en él muchas cosas sobre el momento presente, sobre pensadores, escritores, etc. El último apartado se titula: «Incursiones de un intempestivo»; el primero, «Sentencias y flechas». En conjunto, muy jovial, a pesar de que dicta condenas muy severas (– me parece, dicho entre nosotros, que hasta este año yo no he aprendido a escribir en alemán – quiero decir, en francés –). Además de los nombrados, estos otros capítulos: «El problema de Sócrates.» «La “razón” en la filosofía.» «Cómo el mundo “verdadero” acabó convirtiéndose en una fábula.» «La moral como contranaturaleza.» «Los cuatro grandes errores.» «Los “mejoradores” de la humanidad.» Son cuestiones realmente psicológicas, y de las más desconocidas y sutiles (– a los alemanes se les dice más de una verdad, en especial queda cimentada mi baja opinión sobre la espiritualidad del *Reich* alemán).

Este escrito, que se presenta en todo como un hermano gemelo de *El caso Wagner*, bien que aproximadamente el doble de extenso, tiene que salir lo más pronto posible: porque necesito un tiempo intermedio hasta la publicación de la *Transvaloración* (– ésta, de una seriedad rigurosa, y alejada cien millas de todas las tolerancias y amabilidades)...

Un día más tarde le escribe a G. Brandes, su descubridor en Copenhague:

Querido amigo... dentro de un par de meses aparecerá algo filosófico: bajo el muy benévolo título de *Ociosidad de un psicólogo* digo a todo el mundo finezas y groserías – incluida esa ingeniosa nación, los alemanes.

Pero, en lo principal, todas estas cosas son tan sólo recreaciones de mi asunto principal: que se llama *Transvaloración de todos los valores*. – Europa tendrá necesidad de encontrar todavía una Siberia para enviar a ella al autor de tal ensayo de valoración.

Al día siguiente, el 14, le dice a su amigo Paul Deussen, el cual, como antes se ha indicado, acababa de visitarlo:

Querido amigo, no quisiera dejar Sils sin enviarte mis saludos en recuerdo de la máxima sorpresa que este verano, rico en sorpresas, me ha traído... Ya está en manos de mi editor otro manuscrito, que contiene una expresión muy rigurosa y sutil de toda mi heterodoxia filosófica – escondida bajo mucha gracia y malignidad. Se llama: *Ociosidad de un psicólogo*. – En último término estos dos escritos [esto es, *El caso Wagner* y *Ociosidad de un psicólogo*] no son más que simples re-

creaciones en medio de una tarea desmesuradamente grave y decisiva, la cual, si es comprendida, escindirá la historia de la humanidad en dos mitades. El sentido de esa tarea se dice en cinco palabras: *Transvaloración de todos los valores...*

Y por esas mismas fechas escribe a su amigo Overbeck esta importante carta:

Querido amigo... ¿me permites que cuente algo de mí? En lo principal siento ahora más que nunca el gran sosiego y la gran certidumbre de hallarme en mi camino e incluso en la proximidad de una gran meta. Para sorpresa mía tengo ya listo en su forma definitiva el primer libro de la *Transvaloración de todos los valores*, hasta la mitad. Su energía y transparencia son tales que acaso no hayan sido alcanzadas nunca por ningún filósofo. Paréceme como si yo hubiera aprendido de golpe a escribir. En lo que se refiere al contenido, a la pasión del problema, esta obra escinde los milenios – el primer libro se llama, quede dicho entre nosotros, *El Anticristo* y juraría que todo lo que hasta ahora se ha pensado y dicho para criticar al cristianismo es una fútil niñería en comparación con él. – Semejante empresa hace necesarias, incluso desde el punto de vista de la higiene, pausas y distracciones profundas. Una de ellas te llegará dentro de unos diez días: se llama *El caso Wagner. Un problema para músicos*. Es una declaración de guerra sin cuartel – mi editor me anuncia que desde hace un par de semanas (desde que apareció el primer anuncio en el *Buchhändler-Blatt*) han llegado tantos encargos que puede considerarse agotada la edición de mil ejemplares [Escrito al margen: *Presuponiendo* que los ejemplares pedidos no echen luego a andar como los cangrejos: todos